

charca negra, y volviendo á saltar, acelerado y anheloso, por encima de hierros, cadáveres y moribundos.

Cerca del vapor sumergido voltejaban botes y lanchas tripulados por gentes caritativas que recogían náufragos que gastaban las últimas fuerzas en sobrenadar unos instantes más, ó agarrarse á los pilotes del muelle, ó adherirse como lapas á los peñascos de las escolleras debajo de los tableros. De hacia allí procedían los gritos; mas no de los infelices amparados de aquel modo, que ni para gritar tenían ya alientos, sino de los que, como Pachín, buscaban algo que no parecía, y lo buscaban desde lo alto de los muelles, porque por allí debía de estar, según sus cálculos, muerto ó vivo. Lo vivo era bien escaso, por desdicha; lo muerto... ¡qué manera de buscarlo! Una de las lanchas iba provista de garfios al extremo de una cuerda: se arrojaban los garfios al fondo, bogaban los remeros para que tirando de la cuerda se pudiera rastrear en él; y cuando trababan sus hierros *algo*, se detenía la lancha, se halaba poco á poco de la cuerda, y surgía, al fin, á la superficie, un cadáver... ó pedazos de cadáveres, que embarcaban en la lancha los remeros silenciosos. Y nunca salía lo que esperaban los desdichados de tierra, de cuyos pechos brotaban en cada

hallazgo los alaridos de dolor que habían apartado á Pachín de sus investigaciones.

Cuando trató de volver á ellas, porque nada esperaba de las que allí se hacían, reparó que estaba á su lado un chicuelo con la escasa y fementida ropa goteando y pegada al cuerpo; el cual granuja, mirándole fijamente, le dijo sin más ni más:

—Yo vi eso.

—¿Cuál?—le preguntó Pachín.

—Lo que pasó ahí, en la misma canal, y se tragó tanta gente... Lo vi desde aquel muelle, el del Ferrocarril: yo estaba asentao en el mismo carel. ¡Dios, qué cosa!... Había contra el casco del vapor muchas embarcaciones, y la lancha fina de las Obras del Puerto, y el *Auxiliar* de los correos con toa la gente del *Alfonso XIII*... ¡Mucha gente, Dios!... y buena y bien prencipal, y con bien de galones y bordaos: hasta el comendante de Marina y el ingeniero de las Obras... ¡y muchos, vamos!... De repente, ¡pliinn!... ¡plaann!... ¡Me valga! y al mesmo tiempo, el agua de esa mar, ¡arriba, con *basa* y *tool*! y abajo, el suelo de la canal, limpio como la palma de esta mano; y en ese suelo... ¡Dios!... *rocimos* de hombres... enteros ó descuartizaos... Y en menos de un decir «Jesús» to ello... Porque hazte tú el cargo: la mesma oleá que dejó en

seco la canal, me sacó á mí por la otra banda del muelle, como sacó á otros muchos que fueron conmigo por el aire. No sé qué habrá sido de los más, porque puede que no fueran tan sanos como yo iba cuando *chaplemos*. ¡Dios, qué cole! ¡y las cosas que había en el agua cuando salí á flote!... Dispués, anadé, anadé, hasta el paredón; por él me subí... y de *eso* vengo... ahora mesmo. ¡Me valga!... ¡lo que se alcuentra en el camino!... ¡Pero como esto de la canal!... ¡Dios!...

—Y dime—le preguntó Pachín, que le escuchaba electrizado,—en esos racimos de la canal, ¿viste una mujer aldeana, vestida de negro, con un paraguas en la mano?

—No diré que la viera—respondió el granuja muy serio y echando las manos atrás.—Pero ¿te piensas tú que daba el tiempo pa tanto?... Por las trazas, buscas algo de esas señas. Cuando viva, ¿estaba aquí esa mujer?

—No: allá abajo...

—Pues cacia ese lao debes buscar... lo que quede de ella.

Con esto se fué el granuja á ver más de cerca las tristes maniobras que se hacían en las lanchas, y se volvió Pachín al otro mar, al de cieno, para continuar en él sus interrumpidas exploraciones.

¡Pobre muchacho! ¡Lo que él anduvo!... ¡lo

que él indagó! ¡Las ansias desesperadas con que, no fiándose ya de su propia iniciativa, se unía á los grupos que buscaban heridos para socorrerlos, y se adelantaba á todos cuando la víctima era una mujer! ¡El terror santo con que recogía del suelo cada despojo, cada jirón de vestido, cada mechón de cabellos, que pudiera haber pertenecido á su madre! ¡El valor, la vida, las fuerzas que gastaba en este empeño sobrehumano, en la bárbara lucha de sus deseos voraces de encontrar lo que buscaba, con el temor horrible de hallarlo entre los muertos! Para hacer las primeras armas en las luchas de las contrariedades de la vida su corazón de niño, ¡un campo de batalla como aquél! Ni cálculos risueños, ni ideas consoladoras cabían allí, ni siquiera la consideración de que, estando vivo él, podía estarlo igualmente su madre, por lo mismo que no la hallaba ni entre los muertos ni entre los moribundos; porque la clasificación en vivos, muertos y moribundos, no era bastante para aquel cuadro excepcional: necesitaba otra *casilla* para el renglón de los *despedazados*, cuyos eran los despojos, las entrañas, los miembros que Pachín hallaba dispersos, sembrados por toda la extensión de la llanura entre las pilas de los escombros ó revueltos con el fango negro de las escolleras. ¡Y si de

las víctimas de este renglón era su madre!...

Sin embargo, llegó á ver el desdichado una chispa de luz en medio de tan densa obscuridad: oyó decir que en los primeros momentos después de la explosión, habían sido llevados muchos heridos leves, ó que lo parecían, á la casa de socorro. ¿Por qué no había de ser su madre uno de esos heridos? Pues á la casa de socorro sin parar. ¿Dónde estaba esa casa? ¿por dónde se iba? Él lo averiguaría preguntando, si no la descubría por el rastro sangriento de los infelices que iban acudiendo á ella.

Cuando salió de Maliaño en dirección á la ciudad, empezaba el crepúsculo de la tarde, plácido, tranquilo, sonriente, como si nada hubiera pasado en la tierra; como si uno de sus pedazos más hermosos y florecientes, no estuviera cubierto de luto y llorando sobre el estrago sangriento de una de las mayores catástrofes que registran los anales del mundo; y á la luz débil de aquellas horas, iba adquiriendo esplendor y señorío la del incendio de los muelles de madera, que continuaba propagándose, y se erguía resplandeciente la de otro que comenzaba en las alturas de la gran cortina de edificios que servía de fondo, por el Norte, al escenario siniestro del espantoso drama.

\* \* \*

Al abocar Pachín á la amplia calle por donde había de internarse en la ciudad, no pudo menos de comparar lo que iba viendo con lo que había visto tres horas antes. Entonces, hervor de gentes afanosas, contentas y engalanadas; los edificios bañados en sol, abiertos todos sus claros á la saludable alegría de la espléndida tarde; rumores de vida, cánticos del goce soberano de ella; esperanzas, ambiciones y amor logrados y satisfechos; la expresión externa, en fin, de la salud robusta de un pueblo venturoso que vive de su trabajo y va en próspera fortuna. Ahora, rostros macilentos; grupos de gentes consternadas que ni se mueven, ni hablan ni se miran; puertas entreabiertas ó desvencijadas y fuera de sus quicios; muros y aleros quebrantados; el suelo cubierto de escombros, de polvo de cristales y de aquellos hierros malditos, metralla de Lucifer y segures de tantas vidas; los ayes angustiosos del herido que pasa en brazos de la caridad; los gritos desgarradores de la madre que va en busca de su hijo, ó del hijo que vuelve sin haber hallado á su padre, y la desconfianza, el terror, la pena en las caras de los menos desventurados.

Contristábale tanto aquel espectáculo como el que dejaba atrás, y andaba, andaba, sorteando los grandes estorbos del camino... has-

ta que dió con uno que le llenó de espanto... ¡á él, que acababa de ver tantas cosas espantables! Era una mujer tendida en el suelo, cerca de la Pescadería, cuyos puestos estaban solos y abandonados. Aquella mujer era ya cadáver rígido; pero cadáver como él no había visto otro. Los había visto sin miembros, con la cabeza sin cara, con el tronco sin cabeza, deshechos materialmente; pero no *laminados*, como el que tenía delante, cerca de un bloque de hierro, que bien pudo ser el *laminador*... Cerró los ojos para no volver á verlo, y huyó por la ancha plaza en dirección á la Ribera.

Allí, lo mismo que lo que iba quedando á su espalda: igual aspecto, igual estrago en los edificios; los mismos grupos inmóviles, silenciosos y consternados; iguales ó parecidos escombros y proyectiles sobre la calle; los mismos lamentos, la misma desolación en todo; y como detalle sorprendente que le hizo pensar en la fuerza inconmensurable de la mina diabólica, en lo alto de la cuesta y en una de las aceras de la calle, un ancla enorme clavada entre dos losas, debajo de un balcón despedazado. En la plaza inmediata, los vecinos en medio de ella, en hábitos caseros, como si hubieran abandonado precipitadamente sus viviendas después de un terremoto y temieran su repetición.

Pachín, aldeano, inexperto y niño, no se dejaba herir de las impresiones de estas cosas más que por la conexión que tuvieran, á sus ojos, con las ideas que llevaba en el cerebro y le obligaban á andar sin punto de reposo. Por eso, cada vez que pasaba junto á un corrillo de gente, le asaltaba el mismo pensamiento: «pero, señor, ¿no habrá entre todas estas personas alguna que conozca á mi madre por haberla visto pasar conmigo esta mañana por aquí?» Y le entraban tentaciones de preguntar á cada paso si habían vuelto á verla después del estampido del vapor. Pero temiendo que no le escucharan ó que se rieran de él, se limitaba á preguntar por la casa de socorro... y así llegó á ella.

La invadía, por todos los mezquinos claros de sus dos fachadas, una multitud medio amotinada ya, porque eran muchos los heridos, poco el espacio interior y muy escasos los hombres y los recursos para curar. Pachín fué mirando una por una á todas las mujeres de la muchedumbre invasora... Ninguna de ellas era su madre. Después se dijo: «hay que entrar, ¡y entraré aunque muera en el empeño!...» Y entró al fin, ingiriéndose, deslizándose, forcejeando, oprimido, pisoteado y devorando los ayes que le arrancaba cada golpe que recibía en la herida de su cabeza... pero entró; entró,

para luchar de nuevo en las angosturas de los pasadizos y encrucijadas miserables de aquel triste asilo, oprobio, por su pobreza y desamparo, de una ciudad cristiana y rica. Se ahogaba el infeliz en medio de aquella otra muchedumbre prensada entre mugrientos tabiques resquebrajados, y en una atmósfera impregnada de todas las pestilencias imaginables y de las notas aflictivas de todos los quejidos del dolor. Ni siquiera tenía la suficiente luz para orientarse en el menguado recinto. Pero por todo suplía el ardor de la fiebre que le movía y le guiaba. Así logró ver entre las tinieblas y andar á través de compactos muros de gente, y examinar uno á uno á los sanos, y á los heridos que esperaban turno para ser curados, y á los que curándose estaban, y á los que yacían en sillas, catres y rincones, muertos ya ó agonizando... hasta llegar á convencerse de que ni entre los muertos ni entre los vivos de dentro ni de fuera de la casa de socorro, estaba su madre... ¡Nada, pues, le quedaba que hacer allí!... Y ¿adónde volver ya la consideración en busca de una esperanza siquiera?

Ni en el lugar horrendo, ni en aquella casa, ni en el camino intermedio había dado con su madre, ni entre los muertos ni entre los heridos. Estas señales bien podían serlo de que vivía; pero si vivía, seguramente habría andado

buscándole á él como él la buscaba á ella; y buscándose uno á otro de esta suerte, se hubieran encontrado ya los dos.

Arrastrando por estas asperezas el fatigado discurso, se le ocurrió la idea de que, herida ó contusa ó buscándole á él, bien pudiera su madre haber vuelto á la posada. Este chispazo de luz iluminó un poco su tenebrosa fantasía y reavivó las fuerzas que iban faltándole por momentos y á medida que perdía las esperanzas. Pensar y ejecutar eran en Pachín entonces una misma cosa. Buscó con una rápida mirada el camino más breve y desembarazado para salir de aquellas espesuras asfixiantes; vió cerca de él una ventana entreabierta, y por ella saltó á la calle.

La noche, pues ya había cerrado, límpida y serena arriba en un cielo fulgurante de estrellas, era abajo negra, tediosa y funeraria; estaban á oscuras ó á media luz las calles, según que hubieran sido más ó menos flageladas por el azote de la tarde, y las que no desiertas en absoluto, escasamente recorridas por transeuntes que se movían sin ruido, como los fantasmas de las pesadillas. Todo esto doblaba las dificultades de Pachín, nada práctico en los laberintos de la ciudad con el sol del mediodía, cuanto más entre las tinieblas de la noche, ¡y de una noche como aquélla!; pero

acertando por instinto unas veces y preguntando otras, siempre caminaba con buen rumbo y no perdía terreno en su afanoso andar sobre un empedrado nunca limpio de escombros de las casas contiguas ni de la metralla homicida de la explosión.

Lo peor era, para el infeliz, la poca fe que le animaba ya en sus exploraciones, con la experiencia de las malogradas; pero como tenía mucha en la misericordia de Dios, á menudo elevaba al cielo los ojos, conductores de las plegarias que salían del fondo de su pecho. Así se confortaba un poco, y así llegó al barrio y á la calle en que estaba su albergue provisional.

No sabía el pobre muchacho si condolerse ó alegrarse de llegar á él, porque mientras andaba, eran tan grandes como sus deseos de triunfar en el empeño, los temores de un nuevo desengaño. Pero más que estas vacilaciones de su espíritu, le detenían en su marcha la obscuridad y los estorbos de la calle, y hasta la codicia de oír algo que pudiera convenir á sus fines en el vocinglero desacordado y clamoroso de los corrillos que encontraba al paso, y encontró uno en cada puerta. Toda la vecindad estaba á la intemperie y medio á oscuras, unos por miedo á la soledad del propio domicilio; otros por las ruinas y que-

brantos de los suyos; otros por saber de amigos ó deudos que no volvían, y casi todos por el ansia bien justificable de cambiar impresiones tristes y averiguar algo más de lo ocurrido, y de lo que se pronosticaba y se temía para aquella noche. Esto sacó en limpio el angustiado muchacho de lo que pescaba en las conversaciones sorprendidas al pasar, y además, que aquel resplandor que se notaba sobre la línea de edificios de la acera del Sur y era la causa de que no fuera absoluta la obscuridad en la calle, procedía de un gran incendio, del de otra cuyo nombre, citado en las conversaciones, le era desconocido. Pero de lo que le interesaba verdaderamente, de lo único que le llegaba al alma y le poseía de pies á cabeza, ni una palabra. En estas ansiedades, temblándole las piernas y latándole el corazón, se acercó al corrillo que obstruía el portal de su posada. Sin despegar los labios miró á todas las mujeres que había en él, una de las cuales era la posadera: ninguna era su madre. Entonces se atrevió á preguntar por ella: si estaba en casa ó si había estado poco antes. Conocióle por la voz la buena mujer, que no cerraba boca ponderando estragos y dolores, y corrió á abrazarle, declarando á gritos lastimeros que él era el único huésped de la casa que veía desde la «reventadura» del vapor.

El mísero Pachín, que estaba gastando en aquella prueba las últimas fuerzas que le quedaban en el espíritu y en el cuerpo, no dió con el suyo en las piedras de la calle, porque le recogió en sus brazos la posadera.

\* \* \*

Proezas de caridad hicieron con él aquellas buenas gentes, que al verle á la luz de una vela que ardía en el portal, donde en seguida le metieron, hasta muerto llegaron á considerarle. No era para menos el aspecto que ofrecía, con las manos y la cara pálidas como la cera, donde no estaban manchadas de sangre ó teñidas de negro, como las ropas que le cubrían el cuerpo desmayado, después de haberse citado allí por alguien que acababa de verlo, casos de heridos ó contusos que andando por sus pies hacia la casa de socorro desde el lugar de la catástrofe, habían caído muertos de repente. Mas como en opinión de otro, menos pesimista y charlatán que los demás circunstantes, quedaban en Pachín restos de vida, cada cual subió en volandas á su piso y bajó con el remedio que más se le merecía en un caso como aquél: cabezas de ajo, vinagre fuerte, pencas de romero, vino generoso. De

todo ello y de mucho más se hizo uso, rápida é inmediatamente, quitándose *la vez* las afanadas ministrantes (pues lo eran sólo las mujeres, y tantas como los remedios aplicados), hasta que con ellos, ó á pesar de ellos, fué volviendo en sí poco á poco el desmayado.

A todos y á cada uno de los presentes miró después con gran fijeza, pero á nadie dijo una palabra; y en el mismo silencio apartaba con las manos los remedios con que le perseguían implacables las caritativas mujeres por las narices, por la boca, por «el dedo del corazón» y por detrás de las orejas, hasta que estimó con el olfato el contenido de una copa que le ponían entre los labios, y sorbió con avidez aquel licor vivificante, que era vino generoso. Sintióse más reanimado con él, probó á levantarse del escalón en que estaba sentado; consiguiólo sin dificultad, y se negó á beber más vino que le ofrecía la vecina triunfadora. Se consideraba ya en posesión de las fuerzas que necesitaba para lo que se proponía; habló solamente para preguntar si durante su desmayo se había sabido algo de su madre; dedujo una negativa de las artificiosas respuestas que se le dieron, y se lanzó de nuevo á la calle, sin que advertencias ni ruegos en contrario alcanzaran á detenerle un solo instante.

¿Adónde iba el infeliz? ¿qué planes llevaba

en la cabeza? Ni él mismo lo sabía. Á buscar á su madre, á saber de su madre dondequiera que hubiera gente, muerta ó viva, ó se oyeran acentos de lástima ó quejidos de dolor; á todos los sitios y lugares, menos á aquellos en que reinaran la alegría y el reposo, si es que algo de esto quedaba á aquellas horas en los ámbitos entenebrecidos de la castigada ciudad.

De pronto reflexionó que estando su madre viva, y sana *ya*, y no habiendo ido *todavía* á buscarle á la posada, era lo natural que anduviera buscándole á aquellas horas en el lugar mismo donde él la había buscado á ella apenas *resucitado*. Y hacia allá se fué sin vacilar.

Andando, andando, por el mismo camino que los dos habían llevado por la tarde al salir de casa, también llegó á verse, como entonces, bien acompañado de transeuntes á medida que ensanchaban las calles que recorría y se acercaba á la desembocadura de la más ancha de todas en el vasto recipiente. Pero entre estos transeuntes y los de la tarde, ¡qué diferencia! Los que llevaban su mismo rumbo, ¡qué desesperados ó qué abatidos! Los que con él se cruzaban parecían el cortejo fúnebre de los muertos ó mal heridos que encontraba á cada paso, conducidos en camillas por hombres de andar acompasado y solemne. Así llegó al término de su viaje.

Pensaba Pachín que ya había visto el cuadro por la tarde en su aspecto más imponente y amedrentador; pero se convenció, al hallarse de nuevo delante de él, de que estaba equivocado en sus juicios. El incendio de los muelles se había ido nutriendo de la madera de los contiguos; hacia el fondo del Oeste se erguían otros nuevos, cebados en las entrañas de grandes edificios, y el que él había dejado naciente sobre los que cerraban la plaza por el Norte, era ya una lumbre formidable que llevaba devorado un tercio de la hermosa cortina, y extendía sus tentáculos de llamas destructoras sobre todo lo que quedaba enhiesto á sus alcances.

Á la luz brillante de estas enormes hogueras, los relieves siniestros de la superficie negra, iluminados en sus perfiles, resultaban más negros y repulsivos todavía, por la brusquedad y fuerza del claro oscuro; y como figuras de cuadro fantasmagórico, las personas que discurrían lentamente ó maniobraban agrupadas en toda la extensión de la llanura. Como detalle, también nuevo para Pachín, el vecindario de la calle incendiada, llorando otro infortunio más sobre la ruina de sus ajuares arrojados por los balcones ó amontonados en el arroyo, y cada cual mirando por lo suyo, porque en aquel infausto



día nadie estaba tan libre de desventuras propias, que tuviera tiempo sobrado para atender á las ajenas de tal casta. Donde se contaban por cientos los cadáveres, ¿qué importaban las gentes sin hogar?

Pachín, por mozo, por inteligente y por blando y noble de corazón, aunque inculto aldeano, era un poco artista sin saberlo; y por eso se le impuso y le anonadó el espectáculo, más que por cada uno de sus siniestros componentes, por la terrible grandeza del conjunto de todos ellos. Para un campo cubierto de ruinas, de cieno y de cadáveres, ¿qué luz más propia y adecuada que la de una conflagración como aquélla? Un horror alumbrado por otro horror.

El trabajo del pobre chico iba á ser muy diferente del que allí mismo había hecho por la tarde. No rebuscaría entre los muertos, que ya se sabía de memoria, sino entre los vivos que buscaran algo, como había buscado él. Mas como los vivos eran muchos y, aun á corta distancia de ellos, por la negrura del suelo y las fantasías de la luz todos aparecían á sus ojos como bultos informes, sin distinguirse los hombres de las mujeres, necesitaba examinarlos muy de cerca, y, para eso, recorrer el campo de extremo á extremo. No le arredró la tarea, y la acometió en se-

guida sin otras vacilaciones que las que le imponían las dificultades del suelo agravadas por la obscuridad.

Eran ya más las lágrimas que los quejidos en aquel enorme *spoliarium*, y por eso había ocasiones en que Pachín no oía en su derredor otros rumores que el incesante crepitar de las llamas devoradoras, y alguna voz de los que huían de sus estragos, ó de los que empleaban en combatirlos, inútilmente, las escasas fuerzas que les había dejado la tremenda sacudida del otro azote. En estos casos eran mayores las repugnancias y el miedo del pobre aldeanillo, que al dudar si pisaba entre las negruras del suelo «carne cristiana», soñaba oír hasta el gemido de protesta contra la profanación cometida por sus pies. Sudaba el infeliz en estos trances y procuraba acercarse á la luz mortecina de los farolillos que llevaban algunos grupos y personas dispersas, y lo hacía con el doble fin de saber mejor dónde pisaba y reconocer más fácilmente lo rastreado, si tenía la dicha de dar con ello.

Pero andaba, andaba, palpando casi las personas cuyos pasos seguía, y jamás lograba otros frutos que un desengaño en cada intento. En esta labor dolorosa, prefería las figuras solitarias, por calcular que su madre, desco-

nocida y forastera, no podía andar de otro modo por allí.

Una vez, siguiendo el rumbo de la luz extenuada de uno de los farolillos errantes, verdaderas luces de cementerio, tropezó con dos mujeres. La una llevaba un farol en la mano; la otra en las suyas un jarro con agua, una jofaina y una esponja. La del farol, aunque se envolvía el talle y parte de la cabeza en un espeso manto, le pareció, por la blancura de su tez y el aire de su persona, dama distinguida. Á la luz de los incendios más que á la amortiguada del farolillo, vió Pachín que tenía los ojos enrojecidos de llorar y surcadas de lágrimas las mejillas; y aunque se había cerciorado de que ninguna de las dos era la mujer que él andaba buscando, las siguió en su faena y sin estorbarlas, durante un buen rato. Cuando encontraban el cadáver de un hombre, *si tenía cabeza*, la señora arrimaba á ella el farol, y con la esponja empapada en agua que le ofrecía la otra mujer, le quitaba cuidadosamente la tizne de la cara... ¡y adelante con su pesada cruz! porque nunca era el muerto que reconocía, la prenda de su corazón que iba buscando. De todos los dolores que había conocido Pachín hasta entonces en el mismo triste lugar, ninguno le pareció tan hondo, ni le mereció tanto respeto como aquél.

Dejando perderse á la infeliz señora en los misterios de la obscuridad lejana, corrió él hacia los grupos de gente que vió sobre uno de los muelles fronteros al buque sumergido, alumbrados por el resplandor del que estaba quemándose. Tampoco estaba su madre allí, entre las mujeres que seguían con avidez ansiosa los trabajos que se hacían en el agua, trabajos ya conocidos de Pachín, aunque en escala más reducida. Ahora los botes y las lanchas eran más, y más los garfios que se arrojaban al fondo, y más los restos que salían enganchados, sin contar *lo* que se recogía flotando entre maderos, latas y otros mil despojos del desastre, que iba apareciendo arrastrado por la corriente, sin que nadie supiera de dónde venía ó dónde había estado hasta entonces. Se alumbraba la escena con hachones de viento, cuya luz iluminaba racimos de cabezas, y se reflejaba trémula en las removidas y turbias aguas. Pachín huyó de allí con el corazón oprimido por una nueva forma de dolor congojoso y asfixiante, y se sumió de nuevo en las sombras de la llanura, á continuar su labor con más bríos que esperanzas.

Observó que los grupos con luz eran siempre de hombres solos, hombres encargados de recoger cadáveres y de conducirlos en camillas ó amontonados en furgones, al sitio que